

HACIA LA QUINTA DÉCADA

Clara E. LIDA
El Colegio de México

CON EL NÚMERO 161, *HISTORIA MEXICANA* cumple cuarenta años. Ésta no sería una edad particularmente significativa para festejar, si no fuera porque en la historia de nuestra vida cultural y académica el que una revista especializada de alto nivel alcance cuatro décadas de existencia ininterrumpida es una hazaña que debemos celebrar sin disimular la alegría y sin falsa modestia. En efecto, no conozco en el mundo hispánico otro caso semejante —con la notable excepción de la *Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)*, fundada en 1947, también en México. Ambas publicaciones comparten un mismo hilo conductor que las vincula y enlaza: la institución que les dio vida, que incesantemente apoyó su existencia y que, a su vez, se nutrió del bien ganado prestigio de ambas, El Colegio de México.

La historia es ampliamente conocida y ha sido narrada en diversas ocasiones —la más reciente en 1990, cuando El Colegio de México celebró su medio siglo.¹ Sin embargo, no consideramos reiterativo volver a recordar hoy los obstáculos y tropiezos con los que se topó *Historia Mexicana* en estos cuarenta años y cómo los superó. En el recodo del camino, no está de más volver la vista atrás para reflexionar sobre las dificultades y los triunfos cotidianos.

¹ LIDA y MATESANZ, 1990; VÁZQUEZ, 1990. También, LIDA, 1988 y el número 100 de *Historia Mexicana*, xxv:4 (abr.-jun., 1976).

Para esta ocasión reproducimos un artículo que Josefina Z. Vázquez escribió para recordar el primer cuarto de siglo de la revista, en 1976,² en el cual su autora hace una revisión cuidadosa del perfil de *Historia Mexicana* desde su fundación. Por su parte, Manuel Miño Grijalva retoma el hilo para tejer el resto de la historia en las últimas dos décadas. Ambos artículos rehúyen el tono elegíaco y optan por el enfoque analítico. De estos dos estudios se desprenden varias lecciones importantes sobre los obstáculos inherentes a toda empresa editorial de la envergadura de *Historia Mexicana*, y varias enseñanzas fundamentales sobre los objetivos que deben guiar a quienes se preocupan por encauzar una publicación periódica a buen puerto.

LAS LECCIONES

Al igual que la otra gran revista de El Colegio, la *NRFH*, *Historia Mexicana* se fundó como una publicación independiente y autónoma (aunque ambas estaban financiadas por la institución que las publicaba). Con esto quiero decir que *Historia Mexicana* no estuvo atada a los hilos ideológicos o metodológicos de ninguna doctrina o escuela, sino que se abrió a todos los aires que oxigenaban el conocimiento histórico. Al fundarse, tampoco dependió directamente de las autoridades de la institución: ni de la presidencia de El Colegio ni de la dirección del Centro de Estudios Históricos (CEH), al que sólo muchos años después se la ligó. La *NRFH*, primero, e *Historia Mexicana*, un lustro después, se crearon inicialmente al margen de los centros con los que luego se las vinculó. Así, la *NRFH* se empezó a publicar en 1947 bajo la guía de Raimundo Lida, varios meses antes de que se fundara el Centro de Estudios Filológicos, que dio origen al actual Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL); es decir, primero fue la revista y luego se creó el Centro. Por su parte, *Historia Mexicana* se fundó en 1951 por iniciativa de Daniel Cosío Villegas, cuando el CEH, bajo la dirección nominal de su fun-

² VÁZQUEZ, 1976.

dador, Silvio Zavala, entraba en un largo paréntesis de inactividad. Así pues, al principio, los directores de las revistas no eran los directores de los centros, y las revistas y los centros se mantuvieron desligados entre sí, aunque sus actividades corrieran paralelas. En otras palabras, los fundadores nunca concibieron estas revistas como órganos de difusión de un centro determinado ni como una publicación al servicio de un pequeño grupo colegial, sino como revistas especializadas de El Colegio, abiertas a las mejores plumas y cabezas en el campo, fuera cual fuera su origen institucional y nacional. Se trataba de garantizar la calidad y la independencia y no de sojuzgar el trabajo intelectual a intereses caseros o particulares. A partir de los años 60, otros centros de El Colegio de México fundaron sus propias revistas, que, en cambio, sí tuvieron un carácter más dependiente de los grupos internos y de sus directores (que a menudo aunaron la dirección de su centro a la dirección nominal de la revista); es significativo, sin embargo, que ninguna alcanzara el prestigio y reconocimiento nacional e internacional de las dos pioneras.

Si bien en las décadas de 1940 a 1960, la continuidad y autonomía de las revistas estuvo garantizada por el perfil particular del propio Colegio, cuyas autoridades reconocían y comprendían la necesidad de apoyar estas publicaciones periódicas para que fueran las más destacadas de su campo, en los años posteriores, un cierto afán centralizador sometió a prueba la autonomía de estas publicaciones. Por razones que no vienen a cuento en estas páginas, la *NRFH* logró hasta hoy mantener su independencia y prestigio al margen de los vaivenes del CELL, pero *Historia Mexicana*, después de que Daniel Cosío Villegas abandonó su dirección, sufrió altibajos reales a partir de la década de 1960, al quedar su dirección sometida a la dirección del CEH, responsable desde entonces de nombrar, aparentemente sin criterios muy definidos, al titular de la revista. A partir de esos años, a menudo fue difícil deslindar el apoyo administrativo que se esperaba de la dirección del Centro de su injerencia en los asuntos propios de la redacción de la revista, lo cual con frecuencia redundó en demérito de una línea académica bien definida. A esto se

agregó la falta de una política editorial clara y la ausencia de un comité asesor del más alto nivel profesional que orientara el trabajo académico de la redacción e, incluso, que definiera con claridad el perfil idóneo del director de una revista tan reputada.

La enseñanza dejada por los fundadores era clara: una revista, además de tener libertad y autonomía, debía estar en manos muy competentes. Baste recordar la composición del primer consejo de redacción de la revista cuando se fundó, formidable por sus talentos: Arturo Arnáiz y Freg, Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Wigberto Jiménez Moreno, Agustín Yáñez y Silvio Zavala. Para Alfonso Reyes, presidente de El Colegio de México, y para Daniel Cosío Villegas era claro que el director de una revista debía ser un académico de reconocido prestigio y del más alto nivel, entregado de lleno a su tarea, con experiencia editorial previa, con sólidos contactos nacionales e internacionales en el campo, familiarizado con la disciplina en el sentido más amplio y menos provinciano, y de seriedad y profesionalismo reconocidos. Además, era indispensable que existiera un consejo asesor compuesto por figuras muy destacadas y profesionalmente inobjectables, independientemente de la institución a la que pertenecieran.

Cosío comprendía que para esto, la dirección de la revista también debía contar con ayudantes de la redacción que tuvieran un sólido conocimiento de cuestiones editoriales, capacidad literaria y amor por el oficio. Sólo así se puede comprender que fuera nada menos que el joven filólogo, ya secretario de la *NRFH*, Antonio Alatorre, la eminencia gris que detrás de las bambalinas hacía que *Historia Mexicana* apareciera con un cuidado tipográfico y literario sólo comparable al de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, reconocida como joya editorial. Correspondía a Cosío y a Alatorre ver que la presentación de *Historia Mexicana* recibiera la misma atención que su contenido. Con los años, este aspecto tan esencial de la producción editorial fue perdiendo prioridad en El Colegio en general. En efecto, al crearse un Departamento de Publicaciones, no siempre en las mejores manos profesionales, las publicaciones de El Colegio perdieron gran

parte de la reputación tan bien ganada en los años 40 y 50. En lo que concierne a las revistas, esto se agudizó por la pérdida real del control del proceso de producción (con la todavía hoy notable excepción de la *NRFH*). El divorcio entre la preparación del contenido de los números y la parte técnica relacionada con la impresión y distribución de los mismos, ahora en manos del Departamento de Publicaciones de El Colegio de México, ha demostrado serias deficiencias en lo que respecta a la calidad y a la puntualidad en la producción. En contraste con sus diez primeros años de vida, después se han ido multiplicando los errores y defectos que desmerecen la calidad, con increíbles descuidos de impresión y con retrasos injustificados que amenazan el carácter periódico de una revista. Todo esto crea un verdadero desconcierto respecto a la responsabilidad administrativa y académica de las autoridades de los centros y de la institución que han permitido que este deterioro afecte el renombre de El Colegio, antaño tan destacado en el área editorial y tan ampliamente conocido gracias a sus excepcionales revistas.

LOS OBJETIVOS

Es evidente que es muy difícil imaginar que las revistas académicas puedan ser absolutamente autónomas, a menos de que dispongan de un presupuesto propio y del apoyo incondicional de las autoridades de la institución que las patrocina. Pero también es evidente que hay un cierto *desideratum* obtenible. Así, las autoridades de El Colegio deben empezar por dar el apoyo más total a las revistas que se distinguen por su profesionalismo y alto nivel. Para esto debe existir el más absoluto deslinde de responsabilidades entre las direcciones de las revistas y las de los centros, pues sus actividades son, por esencia, diferentes. Las autoridades académicas y administrativas de la institución deben esforzarse por derribar trabas burocráticas y poner a disposición de los directores de esas revistas —independientemente de los intereses particulares de los directores de los centros y de otros intereses de grupo—, los mecanismos que estimulen el desarrollo

profesional de las publicaciones periódicas. Sólo así se logrará mantener su calidad y asegurar el prestigio nacional e internacional que las revistas dan a la institución. Por otra parte, El Colegio debe reconocer que una revista no funciona sólo por la buena voluntad y dedicación de una persona: es imprescindible que una empresa académica de esta envergadura cuente con un sólido equipo técnico de redacción bajo la supervisión estricta de la dirección de la revista, y que ésta no tenga que derrochar energías luchando contra obstáculos burocráticos ni persiguiendo el apoyo administrativo —logístico, dicen ahora— que normalmente debiera prestarle, rápida y eficazmente, la dirección de cada centro y las autoridades de El Colegio. Estas pautas, que a algunos de casa pueden parecer extrañas, son pan comido en todas aquellas instituciones de alto nivel que gozan del prestigio nacional e internacional de sus publicaciones periódicas.

Naturalmente, es imprescindible que el director de una revista de la talla de *Historia Mexicana* sea un intelectual intachable. Su función debe consistir en obtener las colaboraciones del más alto nivel dentro de la disciplina, mantener las normas y pautas más estrictas en la selección de las colaboraciones aceptadas, fomentar la riqueza y multiplicidad de enfoques, sin sectarismos ni capillas, sin provincianismos ni chauvinismos, y buscar los enfoques y perspectivas que fomenten el diálogo más abierto, más amplio y más enriquecedor. En esta labor se requiere, necesariamente, el *input* intelectual y crítico de asesores y evaluadores de alto nivel que sepan juzgar y seleccionar críticamente y contribuyan a mejorar cada colaboración. Éstos deben ser lectores exigentes, ajenos a intereses particulares, que colaboren con su inteligencia y conocimientos a sostener la calidad que se requiere en una publicación como ésta. El objetivo es simple: publicar trabajos sólidos, novedosos, originales, sustentados en una investigación rigurosa y precisa, que entablen un diálogo respetuoso y renovador con la disciplina. Y todo esto con un estilo claro y exacto. En síntesis: una revista académica de alta calidad no existe sin inteligencia crítica, elegancia tipográfica y pluma cuidada, pero tampoco sin el apoyo desinteresado e inteligente de los administradores académicos.

Éstos son los objetivos y las lecciones que recogimos al hacernos cargo de la dirección de la revista, en enero de 1989, y que el 1^o de julio legamos a nuestra sucesora, la prestigiosa historiadora Josefina Z. Vázquez; a partir del número 162 (octubre-diciembre de 1991) ella aparecerá como directora de *Historia Mexicana*. Dejamos en sus manos una revista que creemos recoge algunas de las ideas de los fundadores: un Consejo Asesor del más alto nivel académico, una publicación abierta a todos los vientos de la historiografía actual, una sana preocupación por el cuidado de la forma, tanto en la escritura cuanto en la presentación tipográfica, y una exigencia de calidad en todas las colaboraciones, amparada por un sistema profesional de evaluación. Además, hemos introducido algunas novedades, tales como la creación de una nueva sección que estimule el debate académico, la apertura a la historia comparada que sitúe a México en su habitat histórico por antonomasia: Latinoamérica, la programación periódica de números monográficos a cargo de especialistas en cada tema, la preparación y entrenamiento de un pequeño equipo técnico de redacción y la supervisión más atenta —aunque no siempre exitosa ni grata— del proceso editorial, de cuya calidad y puntualidad es actualmente responsable el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México. Josefina Z. Vázquez llega a la revista —tras haber sido profesora del CEH desde 1960 y su directora entre 1973 y 1982— con una vida de reconocida experiencia profesional y con un sólido sentido de lo que debe ser una publicación periódica del prestigio académico de *Historia Mexicana*. Bajo su dirección la revista iniciará su quinta década de vida. Hacemos votos porque el futuro le depare todos los éxitos.

REFERENCIAS

LIDA, Clara E.

- 1988 *La Casa de España en México*. En colaboración con José Antonio MATESANZ. México: El Colegio de México, «Jornadas, 113».

LIDA, Clara E. y José Antonio MATESANZ

- 1990 *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*. México: El Colegio de México, «Jornadas, 117».

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

- 1976 “*Historia Mexicana en el banquillo*”, en *Historia Mexicana*, xxv:4(100) (abr.-jun.), pp. 642-654.

- 1990 *El Colegio de México. Años de expansión e institucionalización, 1961-1990*. México: El Colegio de México, «Jornadas, 118».